

# De la brisa al huracán: una trayectoria de Rubén Darío

*Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:  
dejad al huracán mover mi corazón*  
R. D.

Si pidiésemos una somera caracterización de la poesía de Darío, o simplemente citar algunas palabras asociadas indefectiblemente a ella, tendríamos más o menos el consabido «azul», «los cisnes», «la razón rosa», «marquesas», «góndolas y liras»... Inventario peyorativo desde una mirada actual pero sin duda exacto. Esto nos llevaría a juzgar pasada de moda una poesía a la que reconocemos méritos pero con inevitables salvedades.

Para evitar opiniones apresuradas quizás valga la pena intentar un análisis de la trayectoria temática del poeta en relación con su evolución estética. Para ello nos centraremos en algunos poemas de *Cantos de vida y esperanza* aunque hagamos necesarias referencias a otros libros.

El prólogo a *Prosas profanas* recoge una confesión bastante osada sobre el motivo de la elección de sus temas: «...mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer»;<sup>1</sup>. En este directo inventario de sus preferencias que, examinado desde una óptica actual nos resulta hasta frívolo y antipático (más aún si conocemos la biografía de su autor), Darío define abiertamente y con un sorprendente poder de auto análisis un aspecto importantísimo de su poesía: la expresión exacta de lo que sería estudiado como el rutilante y decadente mundo de la «belle époque». Fin de siglo y final de época en los que la conciencia o la premonición de la bancarrota, entre otras cosas, exacerbaron el cultivo del lujo, el

---

<sup>1</sup> RUBÉN DARÍO, *Obras Completas*. Poesías. Tomo V, Madrid. Ed. Castilla, 1953. págs. 762-3.

buen gusto, la belleza, las exquisiteces y los placeres cortesanos entre las «élites» de las principales capitales del mundo, reservándose a París el papel protagónico de modelo ideal creador y rector de las más rebuscadas modas y refinamientos que luego repercutirían en los demás centros de la época. Darío es sin duda el «divino cronista» de esta decadencia. Su obra es una clara exaltación de ese mundo y, paradójicamente, es también la que abre nuevos caminos para superarlo con los anticipos históricos propios de todo arte genial.

«Era un aire suave...», primer poema de *Prosas profanas*, puede ser tomado como representante de la crónica de la frivolidad, de lo cortesano y decadente, del mundo etéreo y a la vez cruel de los salones y los cisnes donde las marquesas juegan al amor. Juego irresponsable de «la divina Eulalia (que) ríe, ríe, ríe»<sup>2</sup>; juego refinado y placentero pero con una evidente cuota de crueldad, explícita en los versos finales:

«...pero sé que Eulalia ríe todavía,  
y es cruel y eterna su risa de oro!»<sup>3</sup>.

Esta es la cara frívola, elitista, afrancesada, parnasiana, cosmopolita, decadentista que Pablo A. Cuadra, junto a otros jóvenes poetas nicaragüenses antimodernistas, confiesa haber reprochado al «amado enemigo» porque no encontraba al «hombre», al «hispano americano», al «nicaragüense», en su «espesa colección de disfraces»<sup>4</sup>. Esta es la cara más difundida y vapuleada de Darío, la que eligen en las escuelas para caracterizarlo con irresponsable ligereza y parcialidad al conseguir equivocar el primer contacto de los jóvenes con la poesía rubeniana. En los politizados tiempos actuales, en los que gustos y modas literarios buscan preferentemente las literaturas de compromiso ideológico, para la juventud no tiene atractivos un Darío mutilado del que sólo llegan a conocer su preocupación obsesiva por cisnes, rosas, condesas, símbolos de un mundo que repudian o que les es totalmente ajeno y falto de interés. Es también la cara tendenciosa que hacen resaltar algunos críticos al aplicar análisis sociológicos o políticos a un objeto artístico que, por sobre todos los niveles de análisis y para que el juicio sea justo, exige un análisis estético.

Pero evidentemente, nos guste o no, esta tendencia es fundamental en la obra de Darío. En el magnífico poema que encabeza *Los cisnes*, inmediatamente a continuación de plantearse la inminencia de una guerra, sombra premonitoria que pesa insistentemente en la

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 765.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 768.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 7.

obra, el poeta explica el porqué del refugiarse en una temática escapista:

«Faltos de los alimentos que dan las grandes cosas,  
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?  
A falta de laureles son muy dulces las rosas,  
y a falta de victorias busquemos los halagos.»<sup>5</sup>

Esta especie de justificación, aunque explícita, no es totalmente válida si consideramos la importancia y magnitud dadas a los elementos tipificadores del mundo decadente en el conjunto de la poesía rubeniana. Además es innecesaria porque en poesía es absurdo hablar de temas más o menos nobles, más o menos importantes. El rango del poema por el contrario lo da su factura, el uso justo del lenguaje, la intensidad, en suma, el nivel estético que alcanza.

Como dijimos, Darío es el cronista de una época a la que expresa desde su circunstancia particular y con su talento. Pero las coordenadas históricas en las que está inmerso, o simplemente las exigencias de la época y la madurez de los años, lo llevan a mudar o matizar sus preocupaciones vitales, con lo que hay una paralela mutación de su temática poética. Como ejemplo podemos señalar la evolución que con respecto a *Prosas profanas* supone la temática de algunos poemas de *Cantos de vida y esperanza*. Estos resultan más concretos, politizados y más comprometidos con la realidad al ser comparados con los primeros, etéreos, ideales, desasidos de las circunstancias concretas. Da la impresión de como si la mirada del autor, antes pendiente de un reducido ámbito de campana de cristal, hubiese bajado al mundo real, a su condición de nicaragüense, de latinoamericano consciente de las exigencias y los conflictos de su tierra y de sus hombres.

Efectivamente, y esto es lo que los exégetas de Darío tardaron en comprender, se puede protestar con «cisnes». En arte se protesta haciendo verdadero arte, o sea, creando. Aquí cabe recordar el papel primordial que Darío confiere a la creación y que Sánchez Castañer acertadamente señala en su estudio «Los "Prólogos" de Rubén Darío...» como «la primera ley»<sup>6</sup> de la obra rubeniana. En poesía la creación compromete al lenguaje. Si no hay superación de lo anterior, ruptura con el pasado, aunque luego se reconstruya a partir de él, no hay arte. El arte implica libertad y es indiscutible que Darío barre con la vieja retórica: su mayor mérito poético consiste en haber liberado el ritmo anquilosado de la poesía en lengua castellana. A este mérito

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 890.

<sup>6</sup> FRANCISCO SÁNCHEZ-CASTANER, *Estudios sobre Rubén Darío*, Cátedra Rubén Darío, Universidad Complutense, Madrid, 1976, pág. 15.

innegable se le suma otro: el de ser consciente del lugar de honor que le depara la historia de la literatura y que lo expresa con una seguridad y clarividencia sorprendentes cuando en el prólogo a *Cantos de vida y esperanza* dice: «El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado»<sup>7</sup>.

Cantando a las «rosas» y los «cisnes» o recriminando duramente a los Estados Unidos, Darío hace verdadera poesía pero, como decíamos anteriormente, es evidente que la temática comprometida se acentúa en *Cantos de vida y esperanza*, en pocos poemas, pero de un vigor tal que merecen ser citados en este estudio. Es el caso del magistral canto «A Roosevelt» en el que el poeta no sólo constata la magnitud de la influencia estadounidense en el resto de América, como lo hubiese hecho cualquier lúcido contemporáneo suyo, sino que, como visionario, vaticina el irreversible futuro de vasallaje cultural y la pérdida de los valores propios de la América indígena española como consecuencia de la irrespetuosa inmiscusión de aquel imperio. La fuerza, otra de las virtudes dominantes en Darío, está presente con todo su ímpetu en estos versos que enrostran a los EE.UU. su prepotencia:

«Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.»<sup>8</sup>

Con una economía admirable y la precisión absoluta en la elección de las palabras, bastan dos versos para caracterizar al ser hispano-americano. El calificativo «ingenua» referido a la América hispana resume todo un mundo de espiritualidad, de candor casi infantil, de desprotección frente el utilitarismo y la dureza adjudicados implícitamente a los EE.UU. Bastan tres conceptos, resumidos en una o dos palabras altamente significativas, para sintetizar íntimamente el mundo hispanoamericano: la raza («sangre indígena» que lleva implícita la presencia de la española y el fundamental mestizaje), la fé («Jesucristo»), la cultura («habla en español»). La riqueza significativa de los adverbios temporales «aún», intensificada por la repetición de los mismos en construcciones paralelas, se desprende de la prospectiva fatalista que insinúan inequívocamente: la América que hoy reza a Jesucristo en el futuro ya no lo hará. En sentido restricto, el Darío creyente se refiere indudablemente a la religión católica, pero en sentido amplio la mención a Jesucristo está aglutinando algo mucho más extenso que un credo confesional, está simbolizando la fé de un pueblo, un deter-

<sup>7</sup> RUBÉN DARÍO, Op. cit., pág. 859.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 878.

minado haz de valores culturales, sociales, vitales, una manera de ser y de entender el mundo, amenazados por la infiltración de valores foráneos. Es triste comprobar hoy el cumplimiento de ese vaticinio representado por el actual imperio simbólico del «jean», la «Coca-cola» o el «chiclet» desde Méjico a Argentina, modas banales a no ser tomadas en cuenta si no fuesen síntomas externos de daños profundos.

La referencia a la lengua también está hecha en dos sentidos. En sentido estricto, es doloroso verificar lo acertado del pronóstico rubeniano sobre el futuro del castellano en América cuando vemos que en grandes sectores del hispano Caribe de antaño hoy se habla el «spanglish», mezcla desnaturalizada de dos lenguas espléndidas. O cuando analizamos los complejos de la gran colectividad de chicanos (hijos de mejicanos nacidos en territorio que hoy pertenece a los EE.UU.), quienes a pesar de su evidente aspecto mestizo tratan de ocultar su origen para mimetizarse en un medio social que los margina y comienzan por olvidar voluntariamente el castellano, su lengua de origen. En sentido amplio, es preocupante la menos detectable aunque no menos grave infiltración de estructuras sajonas en el castellano de toda Hispanoamérica, inclusive hasta en los usos de la austral Argentina, aparentemente muy alejada de la cabeza del imperio, pero donde es posible encontrar abundancia de construcciones sobre el modelo estructural sajón (v. g. «expoferia» de exposición y feria; «guagua's» de «guagua», vocablo indígena que significa niño y la «s» apostrofada inglesa que significa pertenencia).

Si son alarmantes estos avances idiomáticos foráneos en perjuicio del castellano de América, es más preocupante profundizar en las consecuencias de ese vasallaje lingüístico, ya que es sabido que la sustitución de una lengua por otra no termina en el cambio fonético y en la adopción de las riquezas o virtudes de la nueva lengua en sí, sino en la imposición de la cultura que conlleva. Toda lengua implica una cosmovisión, una manera de pensar, sentir y vivir, una forma determinada de concebir el mundo; por lo tanto la intromisión de una lengua extranjera implica paralelamente la de su cultura (Esto lo sabían los romanos, maestros del imperio, cuando como primera medida para doblegar al conquistado le imponían el latín; también lo supieron los castellanos en su momento, aunque aquí no discutimos aquellas conquistas). Por estas razones es dramático el interrogante de Darío que trasciende lo estrictamente idiomático para referirse a la pérdida de identidad de un pueblo cuando se pregunta:

«¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 890.

Pregunta retórica formulada inmediatamente antes de consignar el irreversible destino de los valores españoles e hispanoamericanos condenados a ser suplantados por los yanquis:

«La América española como la España entera  
fija está en el Oriente de su fatal destino:

.....  
He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,  
que habéis sido los fieles en la desilusión,  
mientras siento una fuga de americanos potros  
y el estertor postrero de un caduco león...»<sup>9</sup>.

En relación con esta problemática, en las «Letanias de Nuestro Señor Don Quijote» Darío define ciertas características del mundo latino necesitado de poesía, misterio, belleza y otras gratuidades, por una oposición implícita al utilitario y pragmático espíritu norteamericano, al que peyorativamente califica de «advenedizas almas de manga ancha»<sup>10</sup>, o más directamente como «bárbaros fieros»<sup>11</sup>, cuando escribe:

«Ruega por nosotros, que necesitamos  
las mágicas rosas, los sublimes ramos  
de laurel! Pro nobis ora, gran señor.»<sup>12</sup>

Darío eleva su ruego que es a la vez voz propia del poeta y «clamor continental», como lo explica en el prólogo, porque sabe que el espíritu hispanoamericano está al borde del agotamiento y la esterilidad:

«por nos intercede, suplica por nos,  
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.»<sup>13</sup>

A pesar de todas estas nefastas evidencias, Darío no quiere enfrascarse en un pesimismo sin salida con respecto al futuro de esos valores que él defiende denunciando a voces el peligro de su ya iniciada sofocación. Deja abierta una salida, seguramente más subjetiva que viable, pero con el valor innegable que significa el no claudicar, el desechar la resignación. En el poema «A Roosevelt» esa salida es un contar con la posibilidad de un milagro, inventariando a favor, y como único contrapeso posible del poderío yanqui, la magnitud de tener

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 938.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 890.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 938.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 938.

por aliada a la divinidad, única y fundamental ausencia de aquel imperio que lo tiene aparentemente todo:

«Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios!»<sup>14</sup>

En «Los cisnes» la salida es la Esperanza, versión pagana de la ya citada fe y confianza en la Providencia:

«...Y un Cisne negro dijo: "La noche anuncia el día:  
Y uno blanco: 'La aurora es inmortal, la aurora'  
es inmortal!" Oh tierras de sol y de armonía,  
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!»<sup>15</sup>

Confianza en la «aurora inmortal», en ese «adelante», presente siempre en la filosofía rubeniana. En las «Letanias de Nuestro Señor Don Quijote» la salida, el equivalente de la fe cristiana o la Esperanza pagana está cifrada en valores del mismo signo pero humanizados: son las cualidades arquetípicas del Quijote y, por extensión, del ser hispano que él representa: «ilusión», «fantasía», «corazón», la entrañable locura, el idealismo del Señor de la Mancha:

«Ora por nosotros, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de sueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón!»<sup>16</sup>

El cambio temático, o mejor dicho la inclusión de poemas más comprometidos ideológicamente en *Cantos de vida y esperanza* como son «A Roosevelt», «Los Cisnes», «Letanias...», tiene una explicación simple y atendible dada por Darío en el prólogo cuando dice: «Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental»<sup>17</sup>. Pero la razón profunda de esa mutación, como toda razón poética, es preferible buscarla no en su prosa sino en su poesía. «De otoño» es el poema que, a nuestro parecer, da la clave del asunto: a la madurez vital corresponde también la madurez poética; los años y la vida se encargan de cambiar «la brisa» en «huracán».

«De otoño  
Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora  
con aquella locura armoniosa de antaño?

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 880.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 891.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 939.

Esos no ven la obra profunda de la hora,  
la labor del minuto y del prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, el amor de la brisa,  
cuando empecé a crecer, un vago y dulce són.  
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:  
dejad al huracán mover mi corazón!»<sup>17</sup>

Darío, siempre lúcido al autoanalizarse, sabe que la poesía es la respuesta más auténtica del poeta a su momento histórico y a su circunstancia vital. Por ello se defiende de aquellos que le piden fidelidad a esa «locura armoniosa de antaño», una línea poética que, aunque ejercida con genialidad, fue producto de una primera etapa, diciéndoles que «Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa», pasó la hora de la poesía cultora de la frivolidad en sí misma, de la liviandad temática (que fue representada en este trabajo por «la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe»), y que, a pesar de las apreciaciones del poeta, se mantiene en este libro en poemas como «Aleluya» cuyo estribillo «alegría!»<sup>18</sup> tiene un evidente parentesco de tono con aquellos versos, o en el «Madrigal exaltado» a Mlle. Villagrán<sup>19</sup>, evidente composición de circunstancia. Son estas excepciones no relevantes si tenemos en cuenta que se trata de composiciones menores en las que el autor no pone su jugada.

En «De otoño» Darío no reniega de «aquella locura armoniosa de antaño», por el contrario, sin quitarle méritos ni negarle paternidad, lo que hace es ser fiel a la línea de su evolución estética y supera las lógicas etapas al pesar de una poesía suave «brisa» al «huracán» poético que «mueve al corazón», en la metáfora dariana.

Podemos hablar de un estilo huracanado en *Cantos de vida y esperanza*, y lo es en dos sentidos. Por un lado hay en algunos poemas una toma de conciencia de los problemas hispanoamericanos, un expresar, desde sus raíces, lo que la realidad sociopolítica e histórica le impone. Son los poemas frutos del «clamor continental» a que alude el prólogo; responden quizás, más que a una exigencia personal, al compromiso vital que tiene el poeta con su América. Al asumir el papel social de ser la voz de su pueblo, Darío se expresa con fuerza y rabia huracanada «en representación de todo el mundo» hispanoamericano (agregamos nosotros), como diría César Vallejo. El segundo sentido, tan válido como el primero, es lo huracanado, fuerte y seguro del ritmo y la armonía que buscó obsesivamente el poeta. No es ya el «huracán» temático sino el «huracán» poético, aquél que ordena o desordena significativamente los ritmos, el que doblega a la lengua ha-

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 926.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 925-6.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 918.



ciéndola ser ante todo perfecta. Es el caso, en este libro y entre muchos otros valiosos ejemplos, de la conocida «Marcha triunfal». Seguramente a nosotros, lectores de esta necesariamente politizada mitad de siglo, el tema épico glorioso en sí nos suena a viejo, a objeto de desván que ni nos interesa ni nos dice nada; pero al leer este poema el ritmo ascendente, la marcialidad sonora, la factura perfecta nos conmueven y nos hacen ser contemporáneos de un Darío atemporal en su genialidad, obsesivo cultor de la belleza, que llega a decir:

«...hagamos, porque es bello, el bien»<sup>20</sup>

Para terminar, conviene volver a insistir en el sustancioso párrafo que cierra el prólogo a *Cantos de vida y esperanza* y que condensa los aspectos fundamentales de la estética dariana que tratamos de analizar en este trabajo. El «clamor continental», al que el poeta hace responsable de su excelente poema «A Roosevelt», es el profundo imperativo de su pueblo que lo obliga a dejar momentáneamente de lado «las rosas y los cisnes», en cuanto símbolos de un mundo ideal, para ponerse de parte de sus hombres, de sus hermanos latinoamericanos. Su condición de visionario y predicador del inminente peligro que se cierne sobre su América y la dolorosa consciencia de la imposibilidad de revertirlo están condensados en la terrible predicción de las siguientes líneas, acentuada por el fatalismo contenido en el paréntesis: «...Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable)»<sup>21</sup>.

Resaltan en este final unas líneas envidiables por la lucidez estética que suponen en Darío y que no son, como pareciera a simple vista, el broche de oro que cierra el prólogo, sino que están cargadas de intencionalidad: «...mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter»<sup>22</sup>. El poeta es consciente del rol revolucionario y liberador del verdadero arte. Su poesía, representada por el «inmaculado cisne», símbolo de belleza y perfección, es en sí una protesta contra el desorden que significa la injusticia, encarnada, en este caso particular, en la irrespetuosa presencia yanqui en hispanoamérica.

El supremo lugar que el Arte ocupa en la cosmovisión de Darío, lo señala al equiparar en rango a la poesía con la divinidad, a la que, siguiendo su recurrente estilo cultista de citas a la antigüedad clásica, personifica en Júpiter, padre de los dioses latinos: «...los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter»<sup>22</sup>.

En otra ocasión reafirma ese rango divino del Arte asociándolo a Cristo, divinidad más cercana y vital a las creencias y sensibilidad del

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 933.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 860.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 860.

poeta, cuando en el primer poema de *Cantos de vida y esperanza* escribe:

«...el Arte puro como Cristo exclama:  
Ego sum lux et veritas et vita!»<sup>23</sup>

Esta poesía afrancesada y cosmopolita o profundamente mestiza e hispanoamericana es ante todo ese Arte con mayúscula al que Darío consagró su vida, y que tuvo la virtud de marcar, desde América, un nuevo camino a la poesía en lengua castellana.

Leonor FLEMING  
Universidad Complutense de Madrid  
(España)

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 864.